

¿EL COVID19 AFECTA AL PATRIMONIO CULTURAL?

De Cristina Escudero, conservadora/restauradora de la Junta de Castilla y León

Supongo que a más de uno le sorprenderá la pregunta, básicamente porque a pesar de los cambios que, en las últimas décadas, se han introducido en el concepto de patrimonio cultural, el público en general, sigue pensado más en los componentes materiales que forman parte del mismo como edificios, retablos, cuadros, tapices, documentos antiguos, y así un largo etcétera.

Partiendo de esta premisa, nadie se imagina al maldito virus comiéndose una madera, una piedra o un tejido... por poner un ejemplo; es decir, afectando a los materiales constitutivos de las obras de interés histórico artístico ¿... o sí?

Es evidente que el coronavirus, por sí mismo, no tiene este efecto contraproducente, pero no nos olvidemos que la pandemia ha provocado un estado de emergencia sanitaria a nivel global en la que todos los países están tomando diversas medidas enfocadas, como no podía ser de otra manera, a lo prioritario en estos momentos: las personas.

Disposiciones encaminadas a salvar vidas –el objetivo número uno–, evitar la propagación para mitigar la presión y el colapso de los sistemas sanitarios, atender a las necesidades de la población o mitigar los daños en el tejido económico del que el patrimonio también forma parte, aunque a algunos se les olvide muchas veces –demasiadas–

La presión que esta crisis está ejerciendo sobre los sistemas sanitarios, los sistemas de protección civil, los intervinientes en emergencias, FCSE, miembros del ejército, colectivos de voluntarios, empresas, trabajadores, autónomos y a toda la sociedad en general es descomunal y el esfuerzo nunca será lo suficientemente agradecido.

En este contexto, sin duda dramático, en el que el foco está en la crisis sanitaria y la crisis económica asociada ¿cabe preguntarse qué está pasando con el patrimonio cultural?

Creo que sí, al igual que todos los que piensan o intuyen que el patrimonio también forma parte de la vida de las personas, que se conforma a modo de huella dactilar de todas ellas, huella y ADN en la memoria de la sociedad... Los elementos del patrimonio cultural que han llegado hasta nosotros, no lo olvidemos, son casi los restos del naufragio de la historia, restos que nos permiten leerla y entenderla, son los supervivientes de tantas catástrofes, aquello que no han podido destruir ni los embates de la naturaleza ni la inquina de los hombres, solo por eso merece que lo miremos con respeto y consideración.



Festividad del Colacho, en Castrillo de Murcia Burgos.
Suspendidas este año por emergencia COVID-19. © Benito Arnaez



Romería popular en San Juan de Ortega Burgos.
© Benito Arnaez

Por eso hay que reflexionar qué está pasando con el patrimonio en estos momentos; con el material y el inmaterial, con nuestros monumentos, procesiones, festividades, iglesias, museos y tradiciones en estos tiempos nuevos y convulsos, tiempos de miedo e incertidumbre; todo ello teniendo presente que a raíz de esta emergencia se están tomando medidas de contención y de fumigación/desinfección entre otras, que sí que están afectando al patrimonio cultural y de una manera que no habíamos contemplado hasta ahora.

Necesitaremos volver al patrimonio cultural cuando esto pase, recuperando, aunque sea el año que viene, tantas citas pospuestas con nuestra riqueza inmaterial: peregrinaciones por los Caminos de Santiago y el recorrido por otras vías históricas, carnavales, tamborradas y cencerradas, fallas, ferias y actos de Semana Santa entre otras; todos ellos eventos de naturaleza colectiva que han quedado suspendidos este año en el que nos hemos vuelto un riesgo para “el otro”.

Volver nuestra mirada a este patrimonio nos va a ayudar a volver a la normalidad, afianzando nuestro compromiso como grupo social y, por ende, activando un sector económico importante para muchos países, el del turismo a él asociado.

A pesar de esta suspensión en el tiempo de un montón de hitos colectivos, confieso que este patrimonio inmaterial, en líneas generales, no me preocupa; confío en sus gentes y sus agentes, en los participantes y usuarios que volviendo a vivir la tradición la mantienen en buen estado de salud, es de ellos y para ellos es y tienen la generosidad de compartirla con el resto, de mostrar, en este mundo de lo global, aquello que les hace diferentes; diferencias que lejos de alejar culturas, establecen puentes para el entendimiento como se ha señalado tantas veces.

Son otras acciones, que todos los países han tomado en relación al coronavirus, y que pueden afectar –y de qué manera- al patrimonio material, las que preocupan al colectivo de técnicos que trabajamos en este campo; como son las desinfecciones/fumigaciones en masa que se están llevando a cabo, un esfuerzo por mantener áreas de uso colectivo seguras y que, como vemos a través de la red, en ocasiones también se aplican sobre nuestros elementos más emblemáticos, como monumentos, templos o escultura urbana, viejos conocidos que de tanto ver ya no vemos y que establecen el carácter de pueblos y ciudades.



Efectos del COVID-19. El Camino de Santiago sin peregrinos (Castrillo de los Polvazares, en León). © Santos Cid

Las soluciones desinfectantes y su modo de aplicación son contraproducentes para los materiales que componen el patrimonio, a medio y largo plazo pueden producir manchas, cristalización de sales que desmenuzaran las superficies, reaccionar con pigmentos y metales; en definitiva acelerarán el envejecimiento de estos componentes y generaran otros problemas de conservación a los que tendremos que enfrentarnos y dedicar importantes recursos; por eso este es un llamamiento a la prudencia, ya que, si es posible y dentro de las posibilidades de cada situación, habría evitarlas y en caso de duda consultar con el servicio de patrimonio pertinente.



Medina de Rioseco, en Valladolid. © Benito Arnaez

Esta crisis, como no nos cansamos de repetir desde diversos ámbitos, pasará, pero los elementos del patrimonio cultural que han llegado hasta nosotros, aquellos que nos han legado, seguirán ahí, testigos de todo lo que acontece y nuestro deber como sociedad, es velar porque lo hagan en las mejores condiciones para su traspaso a aquellos a los que precedemos.

Si esta crisis debe servir para algo es, sobre todo, para el aprendizaje, para que la próxima vez, que la habrá, ya sea de naturaleza sanitaria o una catástrofe de otra índole, no vayamos por detrás de los acontecimientos como vamos en esta ocasión.

Dentro del mundo de la emergencia, lo fundamental es la coordinación de todos los aspectos y recursos implicados para llevar a cabo una gestión eficiente y unificada; dirigida de manera prioritaria a garantizar la salud y seguridad de las personas y su bienestar, pero intentando que ningún área se vea desatendida o afectada por las acciones que deban llevarse a cabo, entre estas áreas, también se encuentra el patrimonio cultural.